

sublimes modelos en que inspirarse. ¡Santa ciudad de los grandes recuerdos del pasado, y de las magníficas obras del presente; sublime depositaria de los productos de dos civilizaciones; una de los sentidos y de la materia; otra del espíritu y del corazón!

Estas ideas nos vinieron á la mente al visitar la espléndida y admirable iglesia de Santa María de los Angeles, una de las más bellas y majestuosas de Roma, y acaso la más interesante por su arquitectura, que ha servido de modelo para las que han sido edificadas posteriormente.

Pío IV quiso convertir en lugar de oración la sala principal de los baños de Diocleciano, que se conservaba perfectamente, y para ello encargó al eminente artista Miguel Angel que transformase dicha sala en una iglesia de cruz griega. Buonarroti comprendió el pensamiento del Pontífice, y lo ejecutó de la manera que él sabía interpretar las grandes ideas de los Papas á quienes sirvió; aprovechando la mayor parte de la construcción de aquel departamento de las antiguas termas. Para evitar la humedad, levantó el piso como dos metros, y no queriendo mover las columnas por no exponerlas á sufrir deterioro, las dejó enterradas, acompañándoles con piezas de mármol, lo que fué necesario para sustituir las bases que habían quedado ocultas bajo el pavimento. Describiremos el templo como se halla en la actualidad, después de alguna restauración que hizo en 1740 el arquitecto Vanvitelli.

La entrada de la iglesia es un soberbio vestíbulo circular que perteneció á una de las salas de baños, y es de la misma forma y extensión que la de San Bernardo, de la cual hemos hablado arriba. Este vestíbulo sirve también de entrada á dos suntuosas capillas; en una se admira el cuadro de Jesucristo con San Gerónimo, pintado por el célebre Daniel de Volterra, y en la otra está el bello grupo de Jesús y la Magdalena, de Enrique el Flamenco. En esta capilla se ven las tumbas de los afamados pintores del siglo XVII Carlos Maratta y Salvator Rosa.

Saliendo de la capilla para entrar en la nave principal, se

observa á la derecha un nicho con la hermosa estatua de San Bruno, obra del notable escultor francés Houdon. Antes de penetrar en la gran nave hay dos capillas, una dedicada al mismo San Bruno y otra en que está el cuadro de Muzziano que representa á Jesucristo dando las llaves á San Pedro.

Asombroso es el aspecto de la nave transversal, que es la mayor del templo. Desde luego llaman la atención las ocho gigantescas columnas de granito oriental rojo, de una sola pieza: ¡tienen CATORCE METROS CINCUENTA CENTÍMETROS de altura y CINCO METROS de circunferencia! ¿De qué aparatos, ocurre preguntar, se servirían aquellos hombres para mover esas inmensas moles de piedra, y levantarlas verticalmente para colocarlas en los edificios? Doscientos catorce mil francos gastó Domingo Fontana para instalar en la plaza de San Pedro el gran obelisco egipcio, que aun cuando mayor en tamaño no excede mucho en el peso á estas incomparables columnas, y su instalación fué un acontecimiento que tuvo suspensa á la ciudad y preocupado á un genio que se llamaba Sixto V, y hasta se creyó necesario acudir para el éxito á la Divinidad, solicitando su intervención sobrenatural en los trabajos, por medio de preces públicas en las iglesias. ¡Cuánto dinero y qué esfuerzo no se emplearían para extraer de la cantera, y labrar, y conducir, y colocar en su sitio esos ocho enormes monolitos!

Las dimensiones del templo son proporcionadas á la magnitud de las columnas. Su longitud, de la entrada al fondo del presbiterio, es de 108 metros, y la nave transversal mide 100 metros de largo por 23.50 de ancho. Su altura es de 27 metros.

Para adornar convenientemente este magnífico templo, Benedicto XIV hizo transportar muchos cuadros originales de los que se hallaban en San Pedro; siendo notable entre otros el que representa la Crucifixión de este Santo, de Ricciolini, y el de San Gerónimo acompañado de otros bienaventurados, obra maestra de Muzziano. En las paredes laterales del presbiterio son dignos de admiración cuatro grandes cuadros, el primero de la derecha, la Presentación de la San-

tísima Virgen en el templo, es de Romanelli, el siguiente es un fresco clásico del Domeniquino, que el famoso Zabaglia transportó con mucho arte desprendiéndolo de la pared en que estaba en la Basílica Vaticana: representa el Martirio de San Sebastián. El que se ve frente á éste, el Bautismo de Jesucristo, es de Carlos Marata, y el que le sigue, pintado sobre pizarra, representando el castigo de Ananías y de Safira, es de Pomarancio. En el fondo del ábside está pintada una imagen de la Virgen María acompañada de algunos ángeles. Abajo queda el altar mayor, que fué restaurado en 1866: á los lados se destacan de las paredes dos tumbas muy modestas, una es del Sumo Pontífice Pío IV y la otra del Cardenal Serbelloni: fueron construidas bajo la dirección de Miguel Angel.

Volviendo á la nave principal, es necesario detenerse á contemplar algunas buenas pinturas y frescos que adornan sus muros; siendo la obra más notable una Purísima Concepción de Pedro Bianchi.

Anexo á la magnífica iglesia está un sorprendente Claustro erigido conforme á los planos de Buonarrotti: circúndalo un pórtico cuadrado que sostienen cien columnas de travertino.

Roma es la ciudad del mundo que disfruta de mayor cantidad de agua potable. Desde muy remotas épocas los soberanos de la antigua Roma y después de la caída del imperio los Pontífices, tomaron decidido empeño en proporcionar este elemento de vida á los habitantes, en una abundancia fabulosa, y no perdonaron gasto ni diligencia para conducir verdaderos ríos de cristalinas y saludables aguas, construyendo soberbios acueductos, algunos de los cuales reciben el precioso líquido de distancias muy considerables. Imponentes vestigios quedan de esas colosales arquerías construidas por los emperadores; asombrosas construcciones existen de los conductos exteriores ó subterráneos que los Papas mandaron formar, y es verdaderamente espléndida la magnificencia de las fuentes en donde se reciben todavía esos caudales prodigiosos de las aguas, que toman su nombre generalmente

de los emperadores ó Pontífices que ordenaron su introducción á la Ciudad. Roma tiene que ser en todo la primera en el mundo, y lo es sin duda en sus aguas, y lo es mucho más en sus fuentes. En el discurso de esta obra, hemos de hacer mención de más de una de las principales. Ahora mismo nos ocurre describir la llamada del agua *Felice* que se levanta en la plaza *Di Termini*, en donde nos encontramos al salir de la Iglesia de Santa María de los Angeles.

La fuente del *Acqua Felice*, así llamada por el nombre de *Félix* que tenía Sixto V antes de ser Papa, recibe el agua de la colina *delle Pantanelle*, cerca de *Colonna*, á 15 millas de la Ciudad, que hizo introducir aquel Sumo Pontífice. Es la misma que Alejandro Severo había hecho llevar á sus termas, y por esto se llamaba *Alejandrina*. Si no la primera, es una de las más soberbias y magníficas de Roma la que vamos á describir. Edificada bajo la muy hábil dirección del célebre Domingo Fontana, debía ser como es un monumento digno del Soberano que la mandó construir y del arquitecto que la ejecutó. Es una especie de arco triunfal de travertino con tres grandes arcadas, embellecidas con cuatro columnas jónicas de diversos mármoles. En la arcada del centro, que forma un colosal nicho, se descubre la imponente figura de Moisés en actitud de sacar el agua de la roca con su maravillosa vara. No del mérito artístico de la estatua que del mismo personaje creó el genio de Miguel Angel, es de muy atrevida ejecución y revela un cincel maestro, como lo fué sin duda el de Próspero de Brezza á quien Fontana encomendó la que adorna la fuente que describimos. Dos magníficos bajo-relieves cubren el fondo de las arcadas laterales; en una el sacerdote Aarón conduce al pueblo hebreo á saciar la sed en la fuente milagrosa, y basta decir que el autor de esta escultura es Juan de la Porta, para que sea innecesario escribir en su elogio una sola palabra. El otro bajo-relieve ejecutado por F. Vacca, representa á Gedeón intentando hacer pasar el río á los hebreos.

De tres grandes aberturas que corresponden á cada uno de los arcos, salen verdaderas cascadas de agua que se derraman

estrepitosamente sobre tres magníficas tazas, en las cuales arrojan también grandes chorros del cristalino líquido cuatro soberbios leones de estilo egipcio, esculpidos en mármol.

Para terminar nuestra excursión del día en aquella tarde, no nos quedaba tiempo sino el muy indispensable para visitar una iglesia, Santa María de la Victoria, que se interpuso en nuestro camino. Entramos en ella, y ojalá hubiésemos llegado tres horas antes: no habríamos salido de allí hasta que las tinieblas de la noche ó el sonido de las llaves nos hubieran obligado á salir. Ibamos á contemplar una de las obras más notables del Bernini; tocábanos en suerte admirar una bella pintura del Guercino; íbamos á venerar una insigne reliquia histórica del siglo XVI.

Santa María de las Victorias, edificada en 1605 por Paulo V en honor de San Pablo, recibió después el título que hoy lleva á causa de las muchas victorias obtenidas contra los hebreos y los turcos por la intercesión de la Madre de Dios, cuya imagen se veneraba en el altar mayor, el cual desgraciadamente fué consumido por las llamas en el incendio de 1833.

La decoración interior de esta iglesia es riquísima: sus paredes revestidas de jaspe de Sicilia, y éstas y las bóvedas adornadas con esculturas y frescos estimables, revelan que un grande artista, Carlos Maderno, presidió á la ejecución de las obras. No haremos una descripción minuciosa del templo y de los detalles de su ornamentación en lo general: nos limitaremos á mencionar los más preciosos objetos de arte que allí están encerrados.

Por muy profano que sea el visitante en materia de pintura, gozará extraordinariamente con la vista de un San Francisco que se halla en la segunda de las capillas á la derecha: es un cuadro del Domeniquino, en el cual el autor de la Comunión de San Gerónimo, dió á conocer su genio para expresar el sentimiento religioso con una verdad que no ha alcanzado tal vez otro pintor, fuera del Angélico Fiessola. Y no es esta la única obra del inspirado artista que se halla

enriqueciendo la capilla expresada; todos los frescos de las paredes laterales salieron de su pincel inimitable.

En un altar del crucero, que adornan cuatro ricas columnas de verde antiguo, llama la atención una preciosa escultura de San José durmiendo y un ángel que se le aparece en sueños. Es obra de Domingo Guidi.

En otra de las capillas excita la admiración el cuadro de la Augusta Trinidad, pintado por el Guercino. Difícil, como es sin duda, este asunto, no ha sido representado acaso por otro artista con más inspiración y mejor gusto. Expresar el poder, la sabiduría y el amor en el grado en que se hallan en el Dios uno y trino, es una empresa superior al ingenio humano, y nadie, fuera del Guercino, se ha acercado más á la propiedad en un asunto en que el pintor buscaría inútilmente en la naturaleza el modelo que guiara su pincel.

Mas la excepcional riqueza del templo está en la capilla que se halla en el otro extremo del crucero. Allí fué donde Bernini desplegó todas las dotes de su genio. Los artistas se quedan pasmados de admiración contemplando el bellissimo grupo de Santa Teresa arrebatada en éxtasis del amor divino. Increíble parece que el cincel pueda expresar como lo hizo Bernini, esa maravillosa transformación de una mujer en ángel, como iluminada por los destellos de una luz celestial, gozando de las delicias de la gloria, y espiritualizar, digamos así, un trozo de piedra dura. . . . Los inteligentes califican esta escultura como la obra mejor acabada del artista napolitano. Del mismo autor proceden las medias figuras que se ven á los lados del altar y representan á varios individuos de la familia Cornano, entre las cuales está el cardenal Federico, á cuyas expensas fué erigida y decorada.

Pero sobre las maravillas de arte que la iglesia ostenta, los católicos vemos con singular estimación las preciosas reliquias que se descubren arriba del altar mayor; los estandartes ó banderas que fueron quitadas á los turcos en la memorable batalla de Lepanto en 1571. Un príncipe de ilustre origen, el bizarro D. Juan de Austria, abatió para siempre el orgullo mahometano en esa batalla célebre por mil títulos, ob-

teniendo sobre los enemigos de nuestra fe y de nuestra raza la más gloriosa y completa victoria que hayan presenciado los siglos. El más rico despojo de esa derrota que sufrió el turco está enriqueciendo el altar de Santa María de las Victorias. ¿Qué adorno de mayor precio, qué joya de más valor pudiera ostentar la primera basílica del mundo, San Pedro, si allí hubieran sido colocados estos sublimes trofeos del más espléndido triunfo alcanzado por los ejércitos cristianos contra las huestes entonces poderosas de los viles sectarios de Mahoma?

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO.

La *Via Venti Settembre*.—La Puerta Pía.—La *Via Nomentana*.—Santa Inés.—Historia de la última restauración.—Descripción de la iglesia.—La Catacumba.—Santa Constanza.—La Plaza de *Monte Cavallo*.—El Quirinal.—El Foro Trajano.—La Columna Trajana.—Iglesia de los Santos Apóstoles.—El palacio Colonna.—La Fuente de Trevi.—San Andrés de la Fratte.

NINGÚN católico de corazón puede atravesar sereno la gran avenida que corre de la plaza del Quirinal hasta la Puerta Pía, á cuya extensa hilera de calles han dado los italianos el nombre de *Via Venti Settembre*. El memorable 20 de Setiembre de 1870 corrió por esa vía la noble sangre de los heroicos defensores del Papa, sorprendidos por los revolucionarios que entraban en la ciudad por la brecha que abrieran en la muralla junto á la Puerta Pía. La gran Metrópoli del Catolicismo era asaltada por las huestes de Víctor Manuel; el Sumo Pontífice caía prisionero en manos de sus perseguidores, y los enemigos de la Iglesia se adueñaban de una parte muy principal del patrimonio de ésta. Roma, la capital del mundo católico, era arrebatada á su legítimo dueño, menos que por el valor de los asaltantes, por las maquinaciones de la secta y por la obra de un monarca que alevosamente había abierto á los italianos el camino para llegar á la Ciudad Eterna. El César francés que acababa de entregar en México al desgraciado Maximiliano en poder de sus enemigos, dando un triunfo inesperado á las desorganizadas fuerzas de la república, franqueaba las puertas de Roma á la revolución italiana y ponía en sus manos el te-